

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LAS CUEVAS ARTIFICIALES MEDIEVALES DE LA PROVINCIA DE ALMERIA

Por

*Lorenzo Cara Barrionuevo

**Juana M.^a Rodríguez López

Imagen sorprendente, en numerosos acantilados terrosos, llamados «terreras», formados por materiales sueltos (margas, arcillas y conglomerados) del terciario, en cerros o mesetas que bordean ríos y ramblas almerienses y granadinas, aparecen cuevas artificiales («ventanas») cuyas nítidas formas se disponen sobre el vacío, a muchos metros de altura sobre el talud de los cortados.

De pocos autores han merecido atención estos conjuntos rupestres formados por cuevas artificiales inaccesibles. La imaginación popular, siempre demasiado propensa a fantasear oscuros orígenes, hablaba de leyendas que habrán excitado la visita juvenil, y con ella el disponer de algunas informaciones de utilidad, pero que habrán provocado también el expolio y destrucción intencional de muchos de estos restos, lo que junto a la erosión natural hace que hoy muchos de estos conjuntos sean de visita imposible o ciertamente peligrosa.

La mayoría, sin embargo, se conservan como mudos testimonios de una historia desconocida. Inclasificables y sorprendentes, permanecen como prueba de un trabajo arduo y ciertamente arriesgado que necesitaría de la concurrencia de gran mano de obra, y de unas condiciones muy precisas que las hicieran imprescindibles.

Si sobre ellas pesa un profundo vacío documental y bibliográfico, se ha intentado recoger en el presente trabajo un conjunto de informaciones diversas, confeccionando un inventario preliminar de estas construcciones en la provincia de Almería.

ESTRUCTURA

Aunque hasta el presente ha sido imposible hacer una investigación pormenorizada de estas cuevas artificiales, propósito que desborda ampliamente nuestras posibilidades y objetivos actuales, diversos datos y observaciones pueden servir para reconstruir su funcionamiento y estructura.

*Licenciado en Historia.

**Licenciada en Historia.

Según diversos testimonios experimentales y algunas comprobaciones personales, habitualmente las cuevas se hallan agrupadas en conjuntos de tres, intercomunicadas por puertas laterales, generalmente de pequeñas proporciones (Huéchar, Los Millares, Gádor...). Otras veces, especialmente en los grandes conjuntos, cuando se puede seguir la disposición horizontal de los materiales pétreos, la comunicación resulta general, o por lo menos abarca la mayoría de las oquedades (Galáchar), como ya pusieron de manifiesto para otras, Pellicer (1962:345) y Tramoyers (1899:141). Habitualmente el tabique de separación de de pequeño grosor conociendo sólo un caso en el que están realizadas en ladrillo y mampostería (Galáchar).

Generalmente se accede a estos conjuntos no desde arriba, como insistentemente sostiene la teoría popular, sino desde una entrada más baja y accesible. Habitualmente ésta se sitúa a escasos metros de la vertiente o en el inicio de la ladera formada por los derrumbes del acantilado. A ella se puede llegar bien subiendo por mechinales o hendiduras abiertas en la pared, bien directamente en la mayoría de los casos. Esta entrada principal vertebrada todo el conjunto, actuando como una especie de zaguán del que parte una galería estrecha e inclinada con escalones trabajados en la roca, o una chimenea o pozo, igualmente de escasa anchura con mechinales para facilitar la escalada. La entrada da acceso a una de las galerías o conjunto longitudinal de habitaciones, que se encuentran comunicadas entre sí de abajo-arriba por pozos, a veces muy numerosos.

Las puertas o ventanas más accesibles o situadas en un primer nivel muestran a veces huellas de ranuras donde quizá pudieran encajar las puertas o tapaderas de madera o piedra, pero las sucesivas visitas y las vicisitudes históricas que han atravesado estos conjuntos nos dificultan la observación de estas particularidades (fig. 12).

La disposición interna es muy desigual por lo que sabemos. Se trata, en los casos menores, de cámaras rectangulares, siempre de pocos metros de profundidad (cuatro metros a lo sumo), apareciendo otras veces una sucesión de cámaras estrechas y alargadas, intercomunicadas. En la mayoría de los casos pequeños nichos y agujeros se inscriben en las paredes para colocar teas y candiles. Los techos adintelados son escasos, siendo más comunes los cóncavos que en algún caso recuerdan a rudimentarias cúpulas mientras que las ventanas son generalmente cuadradas y de escasas dimensiones (media 50 × 60 cm), distribuyéndose entre ellas otras rectangulares más grandes (70 × 120 cm como máximo). En algún caso estas grandes aberturas dan paso a una cavidad de igual medida, que se halla incomunicada. La comunicación entre las cámaras se realiza a través de estrechas puertas, generalmente circulares, o de la prolongación en corredor de las cámaras, solución ésta mucho más escasa. En las áreas fronterizas como Cuevas del Almanzora, estrechísimos y complejos pasillos a modo de laberintos forman los lugares de comunicación (lám. 2).

Arriba, el último nivel, siempre menos extenso, estaría reservado según todos los indicios para el almacenaje, incluso en cámaras cerradas. De las cavidades más bajas a las superiores se accede a través de pozos o aberturas en el techo que aunque numerosos nunca son generales a todo un nivel de cuevas.

Todo ello está dentro de una gran variedad tipológica, a la que contribuyeron las modificaciones apresuradas llevadas a cabo en condiciones excepcionales. Los derrumbes y la erosión que las han afectado desmoronando muros y pasadizos, o cegándolos, junto a una intensa actividad humana de expolio y destrucción, han provocado la dificultad del estudio de estas interesantes construcciones medievales.

Igualmente, es de destacar la existencia de ejemplares aislados y dispersos, pero siempre cercanos a alguna población rural musulmana. Tal son los casos de Alcora y Nieles en Canjáyar y de Mondújar en Gádor, entre otros que probablemente habría que poner en relación con la protección de pequeños contingentes de personas o incluso de personas aisladas ante una amenaza imprevisible.

DESCRIPCION

Numerosos son los ejemplos que podemos documentar de cuevas artificiales en la provincia de Almería. Algunos aislados, otros formando un conjunto numerosísimo y diverso de formas y tipologías, faltan de todos estudios detallados, excavaciones arqueológicas y limpieza de sus estructuras.

- ▲ SILOS - CUEVA
- SILOS

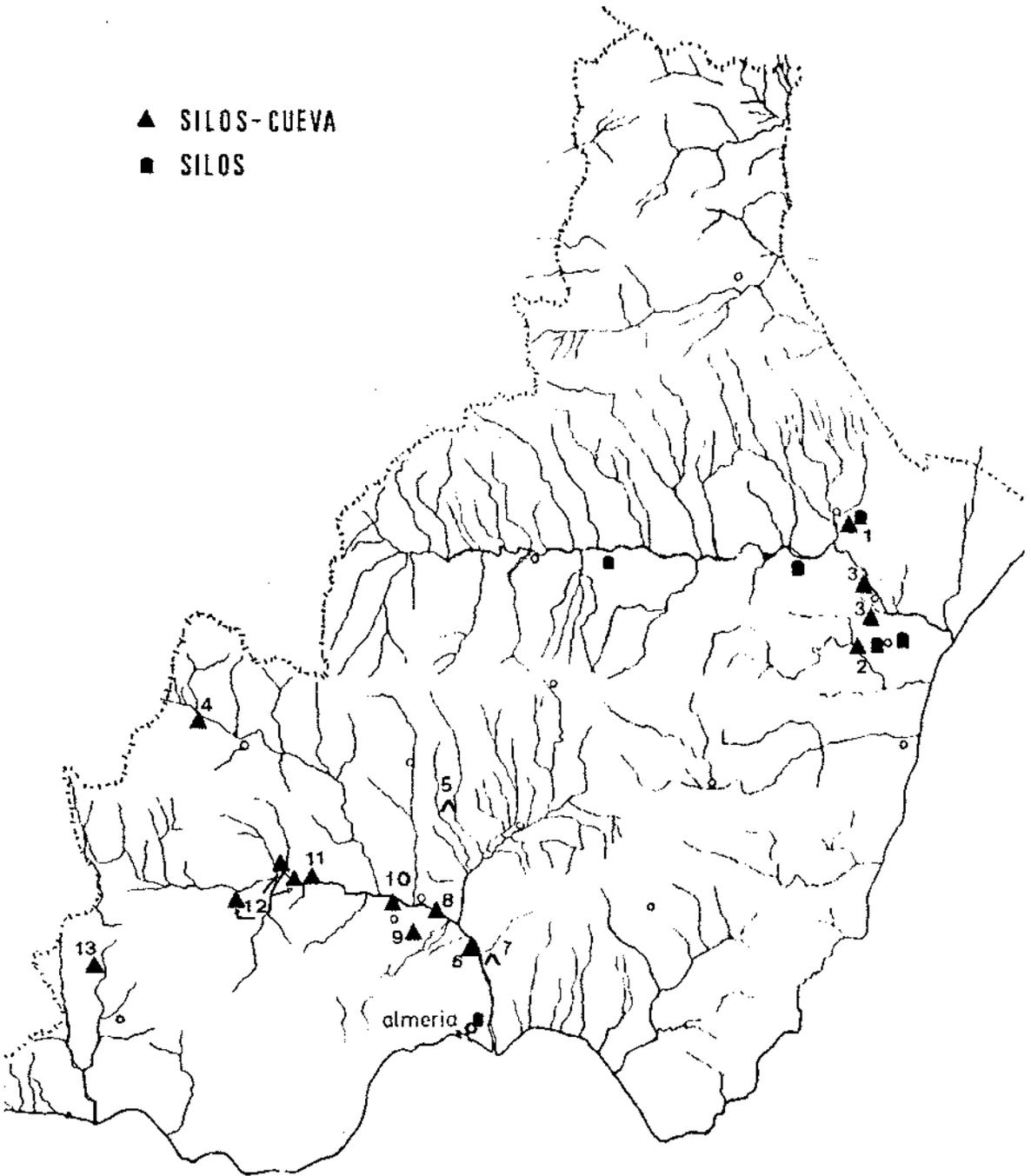


Fig. 1.— Situación de los silos - Cueva y silos medievales en la provincia de Almería.

1. *VENTANAS DEL DIABLO*. El Saltador, Huércal-Overa.

Sobre un cortado de ciento veinte metros, a doce o quince metros de altura sobre el nivel actual de la rambla, se sitúan los restos. Se trata, según García Asensio, de una cueva cuya entrada adopta la forma oval o de un exágono irregular, de poco más de un metro y medio de alto, bóveda cóncava, dos metros de longitud y uno de anchura. A su frente hay dos huecos ovales de cincuenta centímetros de fondo, mientras que en el lado izquierdo de la entrada hay otro de cuarenta centímetros de diámetro (1908:243-46).

Se encuentra cerca de un pequeño poblado musulmán, situado al otro lado de la rambla, formado, según el autor, por construcciones exentas y algunas cuevas habitadas, aún a principios de siglo.

2. *EL ARGAR*. Antas.

Sobre un cortado de treinta y tres a treinta y ocho metros de altura, formado por el río Antas, aparecen a distinta altura un número no precisado de cavidades (unas cinco o seis), muy erosionadas, por lo que es probable que hayan desaparecido algunas. En la meseta (cota 113 m de altura), Siret halló, junto a material de la Edad del Bronce y de otras épocas, fragmentos cerámicos musulmanes de diferente época. Frente a las cuevas, atravesando la rambla, se encuentra la población medieval de Antas. Igualmente se han localizado silos medievales (Marqués, 1963).

3. *PAGO DE CALGARIN O LOS ALGARES Y TERRERA JARILLA*.

Cuevas del Almanzora (Figs. 2 y 3).

Situadas en farallones de altura desigual, desde los 198 a 203 m absolutos, con ciento diez a ciento veinte metros de altura relativa, la ubicación de las numerosas cuevas se realiza desde los cuarenta y seis metros a los setenta y cuatro, siendo casi todas ellas inaccesibles, pues se hayan la mayoría a quince o más metros sobre el piso inclinado de los derrubios. Son numerosísimas, alcanzando probablemente el centenar.

Frente al Cabezo de los Silos, donde hay presencia de restos medievales, en la Terrera Jarilla, se localiza otro conjunto, menor en importancia, compuesto de una treintena de cavidades, excavadas en un farallón de altura absoluta entre 111 y 136 metros.

Ambos se encuentran cerca del río Almanzora.

Cala y Flores (1921), sitúan otros conjuntos en los parajes de El Rulador, La



Fig. 2.— Cuevas artificiales del pago de Calguerín (Cuevas de Almanzora).

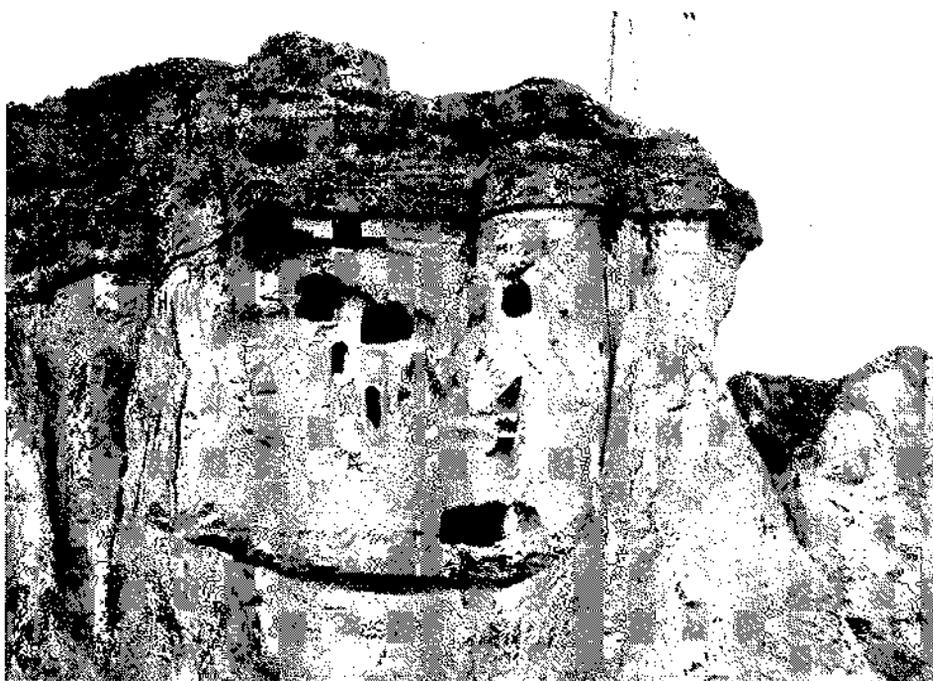


Fig. 3. Terrera Jarilla (Cuevas del Almanzora).

Portilla y Herrerías, aunque afirmen que las más antiguas son las de Calgarín, muy cercanas al actual emplazamiento de la población. Estos otros conjuntos deben de entenderse más como hábitat ruprestre moderno que como ejemplos de la tipología que estudiamos.

De carácter semejante son las doce cuevas situadas detrás del cementerio de Vera, en la rambla próxima y muy cerca de Terrera Jarilla, a las que se accede por mechinales exteriores en los que se situaban maderos, para facilitar la subida. Se recogen tradiciones sobre su uso como silos con posterioridad a la expulsión morisca, ya en época moderna.

4. CUEVAS DEL DIABLO. *Fiñana (Fig. 4).*

Situadas en el Cerro Alegre, a 990 m absolutos y unos ochenta sobre la llanura, se ubican siete cuevas, muy alteradas más otras cuatro aisladas. Tres de ellas son hoy accesibles, mientras que al menos cinco más, como casi siempre poco profundas, han llegado prácticamente a desaparecer. Las más altas están situadas hoy de unos siete a unos once metros, aunque bien pudieran estar algunas más altas.

El poblamiento medieval más próximo es la contigua Fiñana, con una importante fortificación musulmana.

5. LAS LOMILLAS. *Tabernas - Gádor.*

No tenemos más que referencias verbales sobre la existencia en esta zona de este tipo de cuevas artificiales, como siempre en un farallón terroso sobre una rambla.

6. CUEVAS DE GADOR. *Gádor.*

Sobre un cortado, de altura absoluta 210 m y sesenta de altura relativa, se sitúan a unos treinta y siete metros sobre la rambla de Las Herrerías, cinco cuevas superiores, mientras que la inferior lo hace a unos nueve metros de ella, sobre el declive de los derrubios. Se trata de cavidades con pequeña entrada, casi cuadradas.

7. CERRO DE LA TORRECILLA. *Rioja (Fig. 5).*

La meseta tiene 186 m de altura absoluta y cuarenta y uno de relativa, sobre el río Andarax. Se trata de diversas cuevas sobre el farallón, algunas de las cuales



Fig. 4.— Cuevas del Diablo (Fiñana).

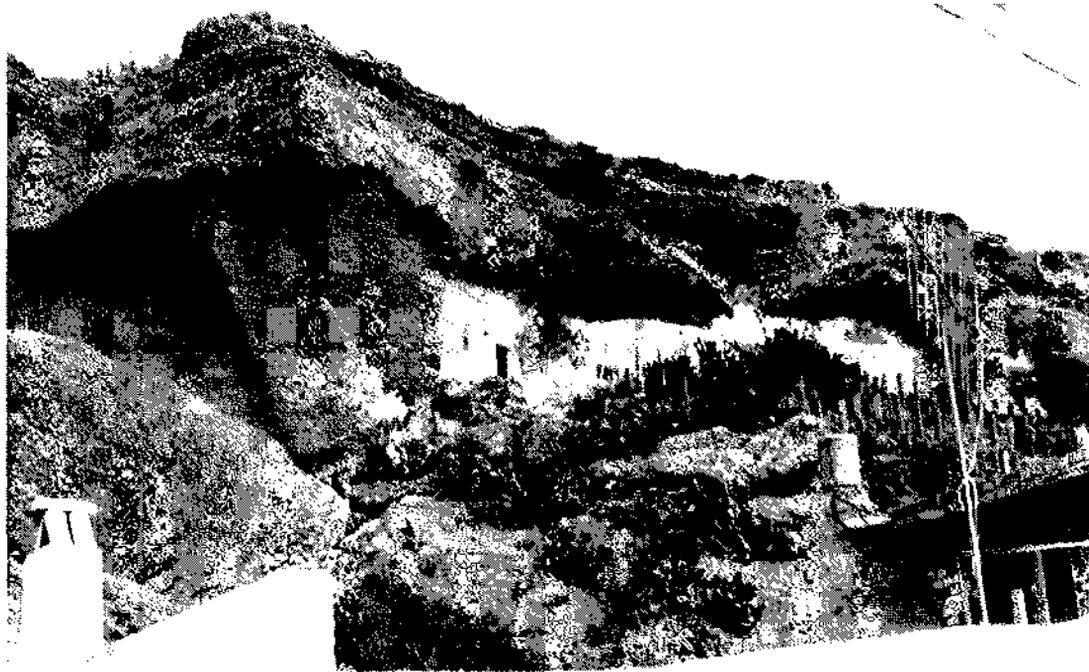


Fig. 5.— Cuevas del Cerro de La Forrecilla (Rioja).

han sido adaptadas a viviendas, hoy abandonadas. Aún visibles, unas tres, se encuentran situadas a unos cuatro metros sobre el terreno de acceso, pero éste se lleva a cabo por pozos que las comunican con el poblado musulmán situado en la meseta.

8. *MESETA DE LOS MILLARES. La Calderona, Sta. Fe de Mondújar (Fig. 6).*

El llano de Los Millares (258 m de altura absoluta), donde se extiende el yacimiento arqueológico de la Edad del Cobre tiene restos de dos asentamientos musulmanes de época tardía. El cortado se extiende a unos setenta y un metros de altura sobre la rambla, mientras que las veintiocho cuevas, aproximadamente, se sitúan desde unos tres a nueve metros de altura.



Fig. 6.— Cuevas del Moro. Meseta de Los Millares (Sta. Fe de Mondújar).

9. *CUEVAS DE HUECHAR. Sta. Fe de Mondújar (Fig. 7).*

A unos sesenta y cuatro metros de la rambla de Huéchar, un tajo de 334 a 315 m absolutos, conserva al menos dos grupos de cuevas. El primero y más numerosos está compuesto por siete cavidades, cuatro superiores y dos inferiores,



Fig. 7.— Cuevas de los Moros, en Huéchar.

separadas por unos veinte metros de altura. Rambla abajo, dos aisladas y simétricas, se encuentran a pocos metros de altura de la rampa de acceso. El poblado de Huéchar, fue continuación de otro romano y quedó abandonado tras la expulsión de los moriscos.

10. TAJO DEL MORO. GALACHAR. Alhama (Figs. 8 y 9).

Sobre un cortado de 362 m absolutos, a ciento veintidós sobre el río Andarax, unas sesenta cavidades, agrupadas en su mayoría, se distribuyen siguiendo la estratificación natural de los conglomerados, reforzadas por tramos de mampostería, único ejemplo en el que hasta el momento se ha documentado. Muchas evidencian una subdivisión mediante pequeños muros, especialmente las de los tramos inferiores. Si bien la erosión ha afectado a algunas obras poco excavadas, la altura máxima que alcanzan éstas es de unos cincuenta metros (Figs. 11 y 12).

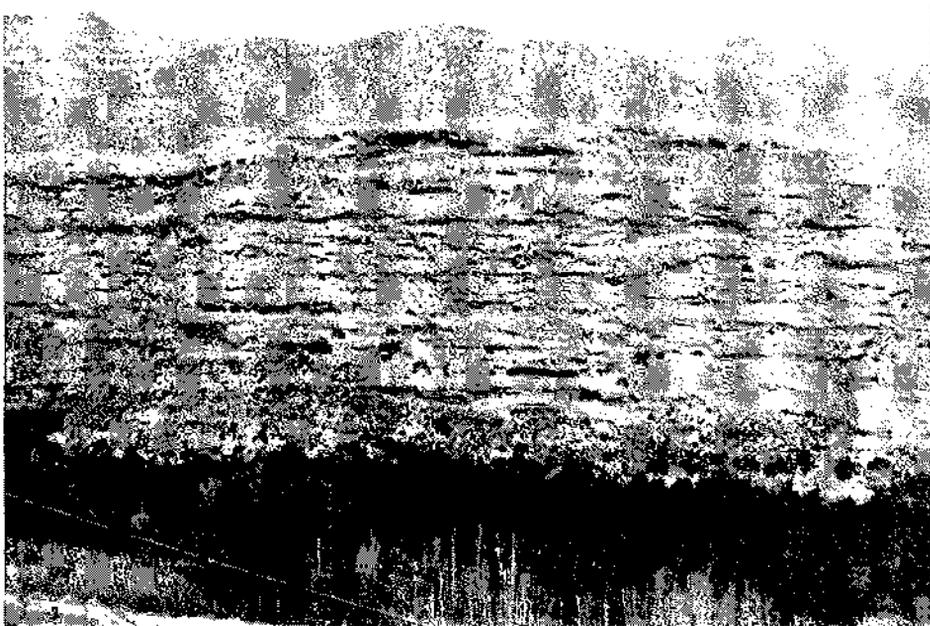


Fig. 8.- Vista General del Tajo del Moro (Galáchar, Alhama).



Fig. 9.— Tajo del Moro (Galáchar, Alhama).

Aunque el despoblado más próximo es Galachar, distante apenas trescientos metros, con material tardío y pobre, pues allí se trasladó la población alhameña tras el terremoto de 1522, una distribución arbitraria de los términos municipales hace que hoy estos restos se encuentren en Alhabia.

11. CUEVAS DEL TEJON. CERRO DE LA CANTARERIA. Rágol (Fig. 10).

Un cerro de 470 m absolutos, cortado por el río Andarax, a setenta m sobre el mismo, alberga dos pequeñas entradas a unos sesenta m de altura, mientras que la inferior, muy extremada, se sitúa a unos diecisiete. El poblamiento medieval conocido más próximo se sitúa en Rágol, a unos quinientos metros atravesando la rambía, aunque es posible encontrar restos más próximos, de los que hoy es difícil evaluar su importancia.



Fig. 10.— Cuevas del Tejón. Rágol.

12. PAGO DE LAS ERAS. Rágol; CARCHATA. Canjáyar y PADULES.

Pequeños grupos de cuevas, próximas a los respectivos poblados.

13. CERRO DE LA CUEVA o ERAS DE LOS MOROS. Alcolea.

En un cerro de altura absoluta 840 metros y relativa ciento cincuenta m, se sitúa una gran cueva orientada a levante, hacia el río Alcolea. Es mencionada por Cressier (1984). En el paraje conocido como «Eras de los Moros», se sitúan, al parecer, otras de estas cuevas.

De tipología ciertamente no demasiado semejante, es la extraña construcción medieval situada en un peñón rocoso llamado «Piedra de la Virgen», en Gilma (Nacimiento), en la Sierra de los Filabres. Formada por mampostería, tiene de común el constituir un espacio aislado, casi infranqueable, colgado a unos veinticinco metros sobre el talud en la pared rocosa. Es difícil imaginar si su función coincidiría con las cuevas artificiales que tratamos, pues como siempre, la tradición popular sólo recoge un incierto origen con el consabido «del tiempo de los moros» que este caso estaría confirmado por la presencia de escasos fragmentos cerámicos medievales. La población musulmana más próxima podría estar situada en Gilma vieja, casi enfrente del tajo, a unos quinientos metros. Otros restos se han hallado en Los Rojas, mil doscientos metros rambla arriba.

HIPOTESIS

Varias son las hipótesis que distintos autores han barajado para tratar de explicar estas construcciones, aunque su estudio esté circunscrito, hasta el presente, a pequeños conjuntos, que, como veremos, remiten a unos ambientes culturales muy distintos.

a) Lugares de enterramiento: ciertas minorías adaptaron, en épocas de inestabilidad social o persecución religiosa, prácticas especiales en la protección de los restos de sus fieles. Tal parece ser el caso de los nichos excavados en la roca de la necrópolis altomedieval de Castellot de Viver (Pericot, 1962: 292), posible lugar de enterramiento de los judíos de la zona, en la que tipológicamente habría que ver algunas semejanzas con los ejemplos estudiados, aunque en ellos jamás se hallan encontrado, que sepamos, restos humanos (1).

b) Centros eremíticos: la mayoría de los casos estudiados hasta el momento, se encuentran relacionados con la presencia de monjes, practicantes del aislamiento contemplativo, que formaban a veces importantes centros cenobíticos. Su presencia se mantuvo desde época visigoda hasta el s. XIII, de mano, incluso, de algunas colectividades mozárabes. Aunque evidentemente no fuera una actividad extendida, está atestiguada en la España musulmana, antes de la imposición del rigor religioso. Su máxima extensión e intensidad debió de alcanzarla, sin embargo, entre los ss. VI y VIII, razón por la cual algunas adquieren denominación

árabe con la conquista, como las cercanas a la ermita de Ntra. Sra. de los Albares en Algar (Guadalajara), según las informaciones de Madoz (1846, I:549). En cualquier caso, tratándose de centros cenobíticos, estos lugares mantuvieron siempre un especial fervor religioso popular, conformando desde su fundación importantes centros religiosos.

Barandiaran (1967) estudió las grutas artificiales de Izkiz (Alava), seguido de otros estudios de Puertas (1976) en la Rioja. Riu (1972) también investigó alguno de estos centros rupestres en Málaga, trabajos completados por Puertas recientemente (1982). El estudio de este último sobre el complejo de cuevas artificiales en Nájera (1976) evidencia las similitudes constructivas con los ejemplos que estudiamos pero remiten a un contexto cultural y cronológico muy diferente al analizar su entorno, prácticamente la única manera de clarificar su problemática, que el que podemos recoger en Almería o Granada.

c) Lugares de habitación: algunos autores como Riu (1977:429-30) piensan que sirvieron de ocupación a poblaciones medievales musulmanas. El problema estriba en determinar si lo fueron para poblaciones generalizadas o bien fruto de un fenómeno cenobítico musulmán, hasta el momento mal conocido. El primer supuesto es probable pues aunque en un primer momento parezcan estas cuevas bastante inaccesibles, en lugares como Cuevas del Almanzora, un lugar fronterizo expuesto a todo tipo de contratiempos y peligros, son especialmente numerosas mientras que el poblamiento musulmán parece escaso y cuando lo hace al aire libre ocupa alturas fácilmente defendibles como el Cabezo de los Silos, cuya denominación evoca las características mazmorras o silos, situados bajo las viviendas. Levi Provençal (1951:150) afirma, sin embargo, no encontrar ninguna referencia en toda la literatura árabe sobre cuevas artificiales. Asenjo Sedano, que ha estudiado el Guadix musulmán (1983), obtiene iguales resultados examinando la documentación de los ss. XV y XVI; creemos, no obstante, que se produce aquí un malentendido, muy común por otra parte: el de confundir cuevas urbanas, a ras del suelo, utilizadas como habitación y que resultan tan características de la actual población, con las cuevas artificiales, como las objeto de nuestro estudio, a menudo asociadas, aunque se den fundamentalmente estas últimas en las zonas rurales. El segundo supuesto parece improbable, pues, aunque no conocemos la importancia y extensión de esta actividad, es difícil de creer que no se hubiera conservado documentación al respecto, incluso posterior a la conquista cristiana, siendo tan abundantes, y en algún caso tan masivas, estas construcciones.

La propia denominación, exclusivamente tipológica más que funcional, vendría a sugerir un origen más prosaico o incierto, y posiblemente más amplio para un conjunto de actividades económicas de carácter agrícola, como veremos a continuación, actividades que estarían más de acuerdo con su estructura interna y dimensiones.

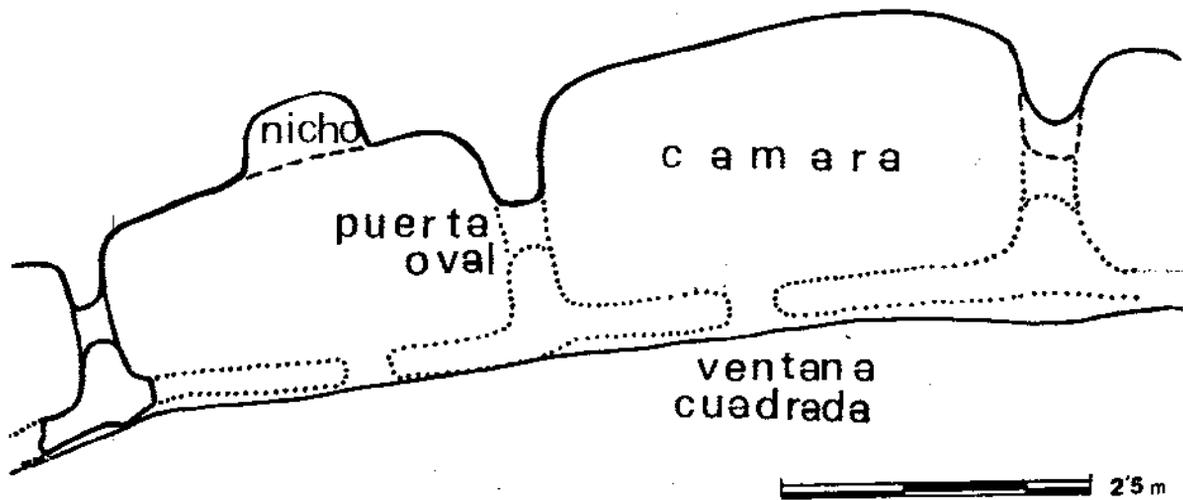


Fig. 11.— Estructura de las cuevas del segundo nivel del Tajo del Moro. Galáchar, Albama de Almería.

Por el contrario, sabemos que en tiempos de inestabilidad y presión militar, se estaba obligado a extremar las medidas de precaución ya fuera resguardando la población, y más habitualmente, la producción agrícola que tantos esfuerzos había costado, e incluso todo aquello de valor expuesto a la rapiña.

La excavación de pozos dentro de las viviendas para conservar el grano fue un procedimiento corriente (Torres Balbas, 1944) y así han aparecido en numerosos yacimientos. Pero esta situación no las privaba precisamente del saqueo ya que eran objeto de ávida búsqueda.

Según se ha estudiado recientemente (Molina, 1983) fueron los almohades los que extendieron el sistema de almacenamiento de grano en silos, agrupados generalmente al exterior de las ciudades, y parece que razones productivas e impositivas no andaron lejos de tal costumbre (Fig. 13).

En el Norte de Africa hubo dos formas tradicionales de proteger y guardar la producción cerealística. Una de ella fue fortificando los silos, para lo que se construyeron los *agadir*, más comunes en las zonas montañosas. La otra fue formando campos de silos subterráneos en los alrededores de las grandes poblaciones (*mars*). En cualquier caso se encargaba a un vigilante de su cuidado, cobrando éste en especie.

Más seguros, los *agadir* fueron más comunes en el Magreb que los campos de silos, ya que éstos tenían el problema de las filtraciones de agua y la dificultad de su vigilancia.

Estas formas colectivas tuvieron la ventaja de favorecer la cohesión de pequeñas colectividades campesinas, unidas muchas veces por lazos agnáticos, como se revela en la toponimia.

Es posible que estos silos, que en zonas montañosas adquirirían la forma de cuevas artificiales próximas a los poblados, fueran adquiriendo carácter defensivo para las poblaciones rurales, que sin embargo, también podían guarecerse en las numerosas fortificaciones construidas al efecto. La respuesta parece hallarse en el hecho de que estos silos colectivos fueran reformados y ampliados tras la destrucción de las fortificaciones a raíz de la sublevación de 1500, en preparación de nuevos eventos que culminarían en la de 1560. Ello explicaría el interés de ciertas poblaciones en multiplicar las cuevas con el fin de poder refugiar a toda la población, ya que cualquier intento en acondicionar de nuevo las fortalezas hubiera sido pronto detectado y reprimido. También justificaría el desfase existente entre tierra cultivable y número de población con la escasa entidad de estos conjuntos en algunas zonas que sí permitían su ampliación y en las que sabemos la resistencia armada fue mínima.

Sin embargo, la utilización de estas cuevas como refugio de población es anterior y estuvo en la razón de ser de muchas de ellas, principalmente en aquellas zonas fronterizas. Al Norte de la provincia, la ciudad de Cuevas de Almanzora, adoptó este nombre del numeroso conjunto de cuevas artificiales próximas que permitían el refugio a una población amenazada por las frecuentes algaradas cristianas provenientes del vecino Reino de Murcia, al no contar más que con una pequeña torre de defensa.

Bertrand ha documentado en la Hoya de Guadix una serie tipológica de cuevas que abarca desde viviendas permanentes a graneros acantilados, pasando por atalayas, palomares o refugios. Dentro de la gran variedad formal que caracteriza, la mayoría de los conjuntos que aquí estudiamos muestran una dualidad funcional basada, especialmente, en su complejidad. De esta manera un primer nivel, siempre más accesible, aunque nunca directamente franqueable parece haber servido de hábitat más o menos estable (Cuevas de Gádor o Tajo del Moro, por ejemplo). Su mayor complejidad estructural y mejor habilitación, aseguraron, incluso, una esporádica utilización posterior y en este sentido muchas cuevas populares del valle del Andarax repiten con exactitud el modelo propuesto, siempre sencillo.

Con éstas se haya más o menos conectada una red superior, mucho más inaccesible, lugar de refugio ocasional pero que en condiciones normales debería de servir de granero, según un modelo ya propuesto por Tramoyers (1899:139). La presencia de nichos o la de grandes tinajas que no hemos podido documentar (Los Millares), así como su profundidad, parecen sugerir esta función principal pues no hay una correlación lógica entre la importancia poblacional de las zonas y la entidad de los conjuntos y tampoco parece razonable la diferenciación de hábitat de un pequeño grupo de población desligado de otro mayor aunque cercano. La ausencia de enlucido y de material arqueológico abundante dentro o inmediato a las cuevas, parece confirmar esta función.

PARALELOS

Como viviendas de emergencia, escondrijo o refugio se utilizaron estas cuevas en tiempo de inseguridad y guerra en multitud de lugares y fechas.

En el Antiguo Testamento (Jueces, 6-9) se dice: «Y debido a que la mano de los medianitas era muy fuerte sobre Israel, los hijos de Israel se hicieron para sí grietas en las montañas y cuevas y fortalezas». El episodio hace referencia a la invasión de un pueblo desde el E. en el s. XI a. C.

Plutarco hablaba de la astucia de Sertorio contra los trogloditas de Caraca, en la parte Norte de Castilla la Nueva. El general romano hacía levantar una nube de polvo del suelo margoso delante de la entrada de las cuevas cuando soplaban viento, teniendo que claudicar casi asfixiados los habitantes de las cuevas (Schulten, 1926:76-77 / en Jessen, 1955: 155).

Igual finalidad tendrían las cuevas que se extienden en los paisajes cretácicos franceses, desde Lille, al N., hasta Corréze, al S. Aquí también se trata de galerías complejamente ramificadas, con múltiples huecos y salidas, utilizadas como escondrijo, o atalayas la más simples, en la Edad Media o tiempos más modernos (2). Cuevas en la Alta y Baja Austria, Moravia y Hungría, además de Baviera señalan la extensión de un modelo con numerosas variantes locales (Jessen, 1955: 138).

En el Norte de Africa adquieren esta doble utilización con más profusión. Habitaciones subterráneas en forma de cisterna para almacenaje, especialmente de cereales son comunes en Argelia, Túnez y Tripolitania (Jessen, 1955:145), mientras que en las regiones más montañosas (Tripolitania y Atlas), cuevas escarnadas sirvieron, al parecer, como protección de los bereberes contra los árabes y así fueron utilizadas por algunas tribus ante la penetración europea.

En España se extienden en la vertiente Sur y Levantina, llegando al interior por la submeseta Norte. En Menorca se disponen en los barrancos que llegan a las calas caracterizándose por su entrada pequeña y rectangular y cámara espaciosa, imperfectamente circular. Se han hallado allí, en las de tipo más primitivo, es decir, de entrada semicircular y estrecha cámara, ajuar de la Edad del Bronce (Hernández Mora, 1922).

Los ejemplos peninsulares son numerosos, aunque habrá que distinguir, sin duda, diversos grupos según sus características específicas que hoy por hoy la bibliografía existente no detalla. Según lo dicho se aprecian claras analogías con los ejemplos de la región levantina que deben ser más abundantes que lo que la bibliografía disponible por el momento nos indica. En concreto conocemos los ejemplos de Bocairente, Chella (Enguera), carretera de Bocairente a Onteniente y Algar de Palancia (Sagunto) en Valencia; Jorquera en Albacete, entre otros (Fig. 15).

Pero es en la Penibética donde son numerosísimos. En Granada conocemos la existencia de estos conjuntos en las Albuñuelas, los Algarbes (Gorafe), Baza, Guadix (numerosos parajes), Alhama de Granada y zona de Loja (3) (Fig. 14).

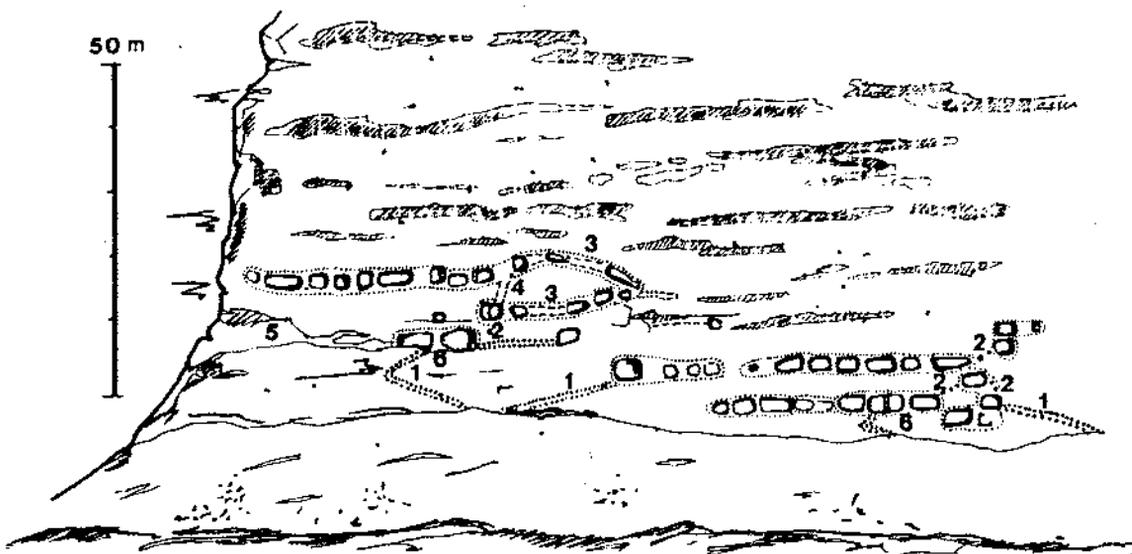


Fig. 12.— Esquema de estructura y acceso a las cuevas artificiales del «Tajo del Moro». 1) Veredas estrechas y zigzagueantes, habitualmente una simple sucesión de mechinales o hendiduras en la roca. 2) Mechinales o hendiduras exteriores de acceso secundario a un segundo nivel de cuevas. 3) Corredor o pasillo, a veces muy estrecho. 4) Pozo o chimenea con hendiduras. 5) Lugar de antiguas construcciones adosadas a la base del acantilado. 6) Cuevas antiguas reutilizadas modernamente hasta hace algunos años.

CRONOLOGIA

El de la datación de estos conjuntos parece ser el problema más arduo por su carácter funcional y práctica ausencia de material arqueológico asociado. La investigación histórica ha ido evolucionando desde que a finales del siglo pasado y principios del actual se pensara que eran obra del hombre primitivo (J.R. Mérida, L. Tramoyers, E. García Asensio...) hasta juicios más modernos que han centrado en la Edad Media su construcción (M. Pellicer, M. Riu, R. Puertas...), sin perjuicio de que algunas mostraran su origen anterior, posible dentro de su diversidad formal y amplia representación peninsular.

Por lo que sabemos este tipo de construcciones son especialmente numerosas dentro de los límites del antiguo Reino de Granada lo que debe de precisar un momento de gran iniciativa constructiva coincidiendo con éste. No obstante como los paralelos más exactos se mantienen, a pesar de su escaso estudio, en la región levantina, su problemática cronológica se amplía notablemente, siendo probable que sean de la Penibética una adaptación tardía a las mismas necesidades, originaria de estas zonas, a través de las poblaciones emigradas con el avance cristiano.

El contexto cultural en el que aparecen es siempre musulmán. Por los ejemplos almerienses y granadinos conocidos, es indefectible su proximidad al pobla-

miento medieval, en bastantes casos ya muy tardío (ss. XIV al XVI, como Galachar). Igualmente con cómputo exhaustivo de topónimos en las zonas inmediatas confirma esta vinculación. Los escasos restos arqueológicos asociados (pequeños fragmentos de cerámica) corresponden todos a una época musulmana tardía (Huéchar, Galachar, Gádor, El Argar, Terrera Jarilla). Los datos históricos disponibles refuerzan, situada poco antes de la rebelión de 1568, el famoso levantamiento de los moriscos de la Alpujarra.

Maryelle Bertrand en su estudio sobre la cuevas de Guadix es de la misma opinión, pero amplía su cronología a todo el medievo, «desde los primeros siglos de la ocupación musulmana, para varias cuevas defensivas, hasta la época Nazarí para los grupos de hábitats permanentes» (Bertrand, 1986:265).

DATOS HISTORICOS

Estas cuevas artificiales fueron empleadas con profusión por los moriscos como lugares de defensa, escondrijo o abastecimiento en el levantamiento de 1568-1570. Mármol, relatando la entrada en Ugíjar del marqués de Mondéjar, las describe de esta manera: (los moriscos) «no se teniendo tampoco por seguros en los campos, se había hecho fuertes en cuevas que tenían prevenidas de bastimentos para aquel efecto, hechas las bocas y entradas entre roquedos y peñas tajadas tan altas, que no se podía subir a ellas sin largas escalas» (1946:238). Las cuevas de Ugíjar se sitúan en la Terrera La Cará, apenas doscientos metros al NW de la población, estando formadas por tres entradas grandes y cinco pequeñas.

Cuevas naturales o artificiales sirvieron de general refugio para poblaciones que habían abandonado sus viviendas y se encontraban acosadas y desesperadas (Hurtado de Mendoza, 1946:84), como en Berchul o en las cercanías de Jorairatar, en Granada. Allí los moriscos habían guardado abastecimientos para caso de necesidad, por lo que se estructurarían con anterioridad como silos. Conocidas mejor unas zonas que otras por los autores, todo parece indicar que el sistema se había generalizado ante la prevención de un choque armado. Estas construcciones eran muy numerosas en el río Andarax y en ellas se refugiaron, en repetidas ocasiones, los moriscos, tras ser perseguidos y derrotados en la mayoría de los altercados, como las que se citan en las cercanías de los pueblos alpujarreños de Ohanes o en Padules (Mármol, 1946: 241 y 338).

Su inaccesibilidad las hacía eficaces para pequeños contingentes de población y siendo difícil el reducir la población allí defendida no se las acostumbraba a atacar, a no ser que se entablara una encarnizada defensa o de ellas proveyera la agresión. Los cristianos, al mando de Juan de Austria, les combatían con humo, bombas de fuego, artillería o escalas, «conforme a la disposición de cada uno».

De su eficacia da medida que el propio cronista reconozca los daños y difícil-

tades que ocasionaba a los combatientes cristianos su conquista.

Arruinados los castillos, casi setenta años antes, estas cuevas sirvieron como una tímida y única fortificación para una población que combatía con golpes de mano y grandes movimientos sobre el terreno. Esta misma circunstancia hacía difícil la posibilidad de que estos conjuntos fueran obra del mismo levantamiento, y más bien parecer ampliaciones en los años inmediatos a estos sangrientos sucesos.

A partir de la guerra de los moriscos, estas cuevas perdieron cualquier utilidad y hoy su historia se confunde con la leyenda popular.

BIBLIOGRAFIA

ASENJO SEDANO, C. (1983): «*Guadix. La ciudad musulmana del siglo XV y su transformación en la ciudad neocristiana del siglo XVI*». Granada.



Fig. 13.— Silos subterráneos en las inmediaciones de Granada, según un grabado de inicios del s. XVI.

BARANDIARAN, M.M. de (1967): *Excavaciones delante de las grutas artificiales de Izki (Alava)*. Actas de la Primera Reunión Nacional de Arqueología Paleocristiana. Vitoria, 1966. pp. 173-184.

BERTRAND, M. (1986): «El hábitad troglodítico antiguo en la Hoya de Guadix (Granada). Elementos de tipología». *Arqueología Espacial* 10. Coloq. sobre el microespacio-4. Teruel, pp. 263-83.

CALA Y LOPEZ, R. DE, y FLORES GONZALEZ, M. (1921): «Informe histórico y arqueológico sobre la ciudad de Cuevas de Vera». *R.S.E.A.*, XII, pp. 35-64.

CARA BARRIONUEVO, L. y RODRIGUEZ LOPEZ, J. (1983): «Ultimos descubrimientos arqueológicos en Alhama», *La Voz de Almería*, 9-1-1983.

CRESSIER, P. (1984): «Le château et la division territoriale dans l'Alpujarra médiévale: du *Ḥiṣn* à la *tâ'a*». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XX.

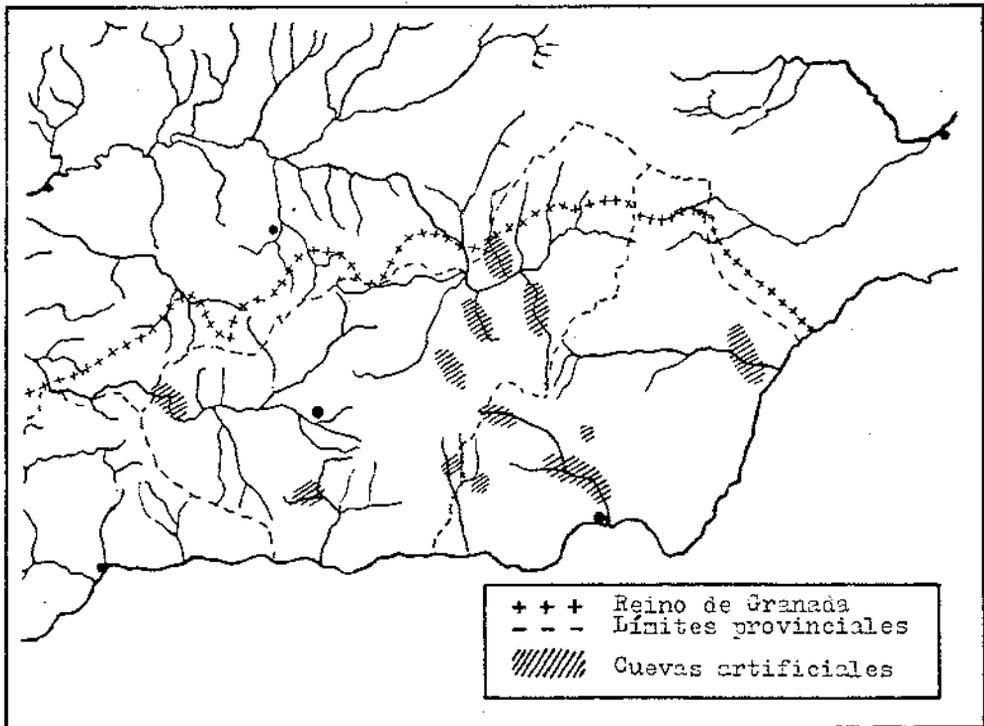


Fig. 14.— Situación de las cuevas artificiales en Granada y Almería.

- GARCIA ASENSIO, E. (1908): «*Historia de la villa de Huércar-Overa y su comarca*». Murcia.
- HERNANDEZ MORA, J. (1922): «*Menorca Prehistórica*». RABM, t. XXXVI, pp. 45-68.
- HURTADO DE MENDOZA, D. (1946): «*Guerra de Granada*». BAE XXI. Madrid.
- JESSEN, O. (1955): «*Las viviendas trogloditas en los paisajes del Mediterráneo*». Estudios Geográficos, t. XVI, pp. 137-157.
- LEVI PROVENÇAL, E. (1951): «*Historia de la España Musulmana*». Historia de España, Menéndez Pidal, t. V. Madrid.
- MADOZ, P. (1846): «*Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de España*». Madrid.
- MARMOL, L. de (1946): «*Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*». BAE XXI. Madrid.
- MARQUES, G. (1963): «*Los silos de la submeseta de El Argar*». Yugo, 14 - III - 1963, pp. 12 y 9.
- MARTINEZ, P.E. (1982): «*Notas para la historia de Cuevas del Almanzora. La Cueva del Infierno o de la Encantada*». La Voz de Almería, 26-9-1982.
- MOLINA, L. (1983): «*Notas sobre muros*»: al-Qantara, v. IV, fasc. 1 y 2. Madrid, pp. 283-300.
- PELLICER, M. (1962): «*Las Albuñuelas*». N.A.H., VI, pp. 345-338.
- PERICOT, L. (1962): «*Memoria de las actividades del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Barcelona*». N.A.H., VI, pp. 285-292.
- PUERTAS, R. (1976): «*Cuevas artificiales de época altomedieval en Nájera (Logroño)*». N.A.H. 4, nueva serie, pp. 251-285.
- PUERTAS, R. (1982): «*Un asentamiento mozárabe en la zona de Alozaina. La necrópolis de "Los Hoyos de los Peñones"*. Alozaina. Málaga. Málaga.
- RIU, M. (1972): «*Cuevas-eremitorios y centros cenobíticos rupestres en Andalucía Oriental*». Actas VIII Con. Intern. de Arqueología Cristiana. Barcelona, 1965, pp. 431-444.
- RIU, M. (1974-75): «*Poblados mozárabes de Al-Andalus. Hipótesis para su estudio: el ejemplo de Busquitar*». Cuadernos de Estudios Medievales, II-III, pp. 3-36.

RIU, M. (1978): «Primera campaña de excavaciones en el Cerro Marmuyas y prospecciones previas en la zona de los Montes de Málaga», Actas I. Cong. Historia de Andalucía, T. II. Andalucía Medieval. Córdoba, pp. 105-118.

SIRET, L. y E. (1890): «Las primeras edades del metal en el Sudeste de España». Barcelona.

TORRES BALBAS, L. (1944): «Las mazmorras de la Alhambra». Al-Andalus, IX, 1, pp. 198-218.

TRAMOYERS BLASCO, L. (1899): «Las cuevas de Bocairente (nota arqueológica)». RABM. t. III, pp. 137-144.

NOTAS

- (1) Riu, por su parte, hace hincapié en un posible tipo de tumba medieval a modo de nichos en la roca (1974-75) que tipológicamente no correspondería con las cuevas que estudiamos.
- (2) En los ejemplos estudiados en Almería, sin embargo, esta capacidad estratégica se halla muy minusvalorada por las exigencias naturales para su ubicación. Ninguna de ellas, por ejemplo, se comunica visual u oralmente con otra, hasta donde hoy podemos saber. De igual modo, un atento estudio de las comunicaciones medievales no permite establecer una clara relación entre ambos elementos.
- (3) Especiales condiciones naturales, históricas y culturales ocasionan que en determinadas zonas sean muy abundantes. Se sabe que, según la naturaleza del terreno, se tardaría alrededor de un mes en excavar una cueva de cuatro habitaciones entre un maestro y dos peones (Bertrand, 1986:266).



Fig. 15.— Distribución peninsular de los conjuntos de cuevas artificiales.